

El Berlín de entreguerras

Entre el ayer y el mañana

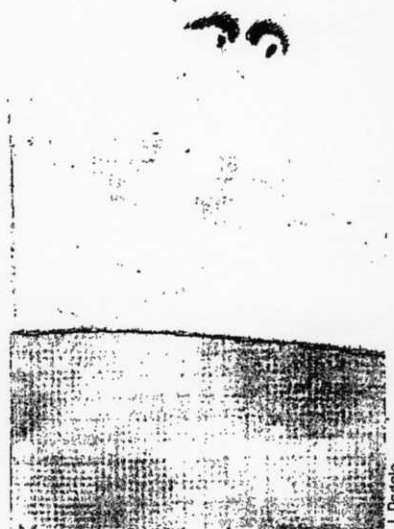
KURT TUCHOLSKY

Traducción de J. Jané
Acantillado. Barcelona, 2003
328 páginas, 18 euros

CUANDO se habla hoy de la época de la República de Weimar, la república que se impone en Alemania en 1918, como relevo institucional tras la «ignominiosa» desmembración del imperio, una vez acabada la I Guerra Mundial, cuando se habla de ese ensayo único de la modernidad antes de la catástrofe, de esa sociedad inquieta, caótica, muchas veces cínica, sin valores, donde cabían desde todas las retóricas herederas del pasado hasta lo peor de un fascismo agazapado, por venir; en ese gran ensayo de democracia crítica orientada hacia una izquierda abocada desde el principio al más estrepitoso fracaso; en toda esa crónica turbulenta en medio de un período que ha dejado huellas fascinantes en el campo del arte y la literatura, estamos hablando obligatoriamente de personajes carismáticos, visionarios, lucidísimos y fundamentales como el periodista, escritor y célebre autor de canciones de cabaré, Kurt Tucholsky (Berlín 1890-Hindas, Suecia, 1935).

«Ciudad-Prensa»

Su influencia en el mundo de la Prensa del Berlín de entreguerras fue tremenda, en una ciudad en la que, por otra parte, recalaban periodistas-escritores legendarios como Joseph Roth, Egon Erwin Kisch o Arthur Koestler. La edad de oro de los periódicos de Berlín tiene lugar a finales de los años veinte. En la que fue llamada «ciudad-Prensa» se contaba en 1927



un objetivo esencial a abatir, un lugar clave para la victoria nazi sobre lo que ellos llamaban la «Babilonia roja» (y judía, por supuesto). Tras el nombramiento en 1926 de Goebbels como jefe del Partido nacionalsocialista de la capital, los nazis marcharon oficialmente «al asalto de Berlín».

Crueldad de las guerras

Autor de dos novelas, *El palacio de Gripsholm* (Trotta, 1994), y una anterior, *Rheinsberg. Un libro ilustrado para enamorados*, que fue un auténtico *best-seller* en su país, Tucholsky, pesimista, escéptico, tímido, a la vez que encarnizado y feroz, abandonaría Alemania para vivir en París y en Suecia, donde se suicidaría en 1935. En los artículos, escenas, pequeñas piezas satíricas, poemas burlescos y relatos reunidos en este volumen (selección realizada por su mujer, tras su fallecimiento) abundan las descripciones sobre el frenesí de un gran metrópoli trepidante, como la berlinesa. Sobre todo, Tucholsky no cesará de denunciar la crueldad de las guerras, a la vez que señalaba a todos los culpables y agentes activos a la hora de alimentar las heridas supurantes de rencores antiguos y rencores por venir. En medio de ese espectro estremecedor nunca dejó de escribir sus tenebrosas frases premonitorias: «La clase dominante en Alemania quiere la guerra. La está preparando... todos sus secuaces la tolerarán en silencio cuando llegue; no pierden de vista los mercados del Este, autorizan el monstruoso presupuesto del ejército del Reich; ordenan detener a los que revelan la verdad. De esto hay que darse cuenta, hay que verlo con toda su negrura, proclamarlo».

con ¡147 diarios!... Tucholsky sería autor y coeditor de la revista *Die Weltbühne*, que se convertiría en un instrumento esencial de denuncia.

Pero será también la época que hoy todos los que no la vivieron relacionan con grandes tótems, procedentes de todos los campos imaginables del «arte degenerado» como sería llamado por los nazis: Kurt Weill, Bertolt Brecht, Walter Benjamin, Döblin, el teatro de Piscator y Max Reinhardt, Heinrich y Klaus Mann, el cine de Lubitsch y Fritz Lang, las feroces caricaturas de Grosz, o la violencia de los famosos fotomontajes de Heartfield, en los que Tucholsky colaboraría, aportando lo incisivo de sus sátiras, sus parodias y sus aforismos destructores. Encarnación de la modernidad, el Berlín de entreguerras fue inmediatamente señalado por los nazis como

Mercedes Monmany